

por tanto qué pensaba de la Quadra si ella elegía a un rendido servidor de don Felipe (1). Desde la visita de Sidney comenzó a honrar especialmente al embajador español y cesó de oprimir a los católicos; éstos no habían gozado jamás, desde hacía tres años, mayor paz que en los tres últimos meses, escribe de la Quadra a Felipe II el 15 de abril (2).

Los protestantes ingleses veían todo esto con gran disgusto. Dudley, como seductor de la reina, no era menos odioso a ellos que a los católicos; el violento fin de su esposa daba precisamente entonces a los predicadores materia para observaciones en el púlpito, que tampoco podían ser útiles a la honra de la reina (3). Con todo, de la Quadra no se dejó engañar; respondía con evasivas a las preguntas de Isabel y amonestó a los católicos que no fundasen esperanza ninguna en el casamiento de Dudley. A pesar de esto, aconsejó a su rey que favoreciese los planes de éste; díjole que el matrimonio con Dudley no podía sino perjudicar al crédito de Isabel, y le quitaba la posibilidad de mantener suspensa a la diplomacia con la incertidumbre sobre sus planes de matrimonio (4). Felipe II obró con mucha precaución y reserva en este negocio, pero las falsas apariencias de Isabel tuvieron para ella al menos una utilidad, en cuanto con ellas se difirió la llegada de un nuevo nuncio pontificio. Don Felipe hizo escribir a Granvela, que el nuncio cuya misión se había proyectado, no partiese hasta que se conociera con claridad lo que había sobre el casamiento de Isabel con Dudley (5).

Pues hay que saber, que a pesar del mal suceso de Parpaglia, Pío IV pensó en enviar una nueva embajada a Inglaterra. El conde de Bedford, por el que Isabel, después de la muerte de

(1) De la Quadra a Felipe II, en 23 de febrero de 1561, *ibid.*, 317.

(2) *Ibid.*, 335.

(3) Aun los predicadores en los púlpitos trataban dello de manera que perjudicaban a la honra y servicio de la Reina. De la Quadra en 23 de enero de 1561, *Corresp. de Felipe II*, tomo I, 314. Aunque ella [Isabel] ve que los herejes la tratan muy mal, especialmente los predicadores, y que Roberto está peor quisto dellos que de los católicos. De la Quadra en 25 de marzo de 1561, *ibid.*, 329.

(4) De la Quadra a Granvela en 19 de julio de 1561, en Kervyn de Lettenhove, II, 585.

(5) Yo escribo [a Granvela] que no le deje pasar hasta ver qué camino lleva la plática que os ha movido Sidney. Felipe II a de la Quadra en 17 de marzo de 1561, *Corresp. de Felipe II*, tomo I, 326.

Francisco II, hizo expresar a la corte de Francia su pésame, había insinuado en su conversación con Catalina de Médicis, que había en Inglaterra varios partidos religiosos; que la reina de Inglaterra pedía por tanto consejo a Catalina sobre cómo debía portarse. Que tenía la intención de componer las contiendas religiosas, tomando parte en el concilio; mas que para que éste pudiese deliberar con la necesaria libertad, las potencias de aquende los Alpes se debían unir. Isabel hizo esta propuesta sólo para, bajo pretexto del concilio, conseguir una unión de los protestantes ingleses y franceses contra la asamblea eclesiástica general. Pero la manifestación de Bedford, por Morette, embajador del duque de Saboya, llegó a éste y por su mediación a Roma, donde ahora se consideró indudable que Isabel enviaría embajadores al concilio (1). Pío IV, que había dispuesto la convocación del concilio de Trento el 29 de noviembre de 1560, y sólo de medios pacíficos esperaba la vuelta de Inglaterra a la Iglesia (2), pensó por eso otra vez en hacer que por medio de un nuncio se presentase a la reina de Inglaterra el breve de 5 de mayo y se la invitase a enviar representantes al concilio. La elección del Papa recayó en el abad Jerónimo Martinengo, noble bresciano, que a pesar de rehusarla al principio, aceptó al fin la difícil comisión (3).

Por su instrucción de 9 de marzo de 1561 (4), Martinengo recibió el encargo de encaminarse primero por Alemania a Bruselas, pedir allí consejo a Granvela y a la duquesa de Parma, y alcanzar

(1) De la Quadra a Felipe II en 25 de marzo y 27 de noviembre de 1561, y en 10 de enero de 1562, *Corresp. de Felipe II*, tomo I, 326 s., 373, 378. De la Quadra a Granvela en 27 de noviembre de 1561, en Kervyn de Lettenhove, II, 647: El caso es que este Moretta, persuadido del Conde Betford en Francia y con desseo de hazer Cardenal al Obispo de Tolon su cuñado, hizo que el Duque su amo dio este negocio por hecho al Papa, que fue causa de la venida del Abad Martinengo. Cf. Susta, I, 195.

(2) Cuando Mula expresó al Papa su esperanza de que en el presente pontificado se podría restablecer, a lo menos en gran parte, la unidad de la cristiandad, respondió Pío IV: *Dio il voglia, da noi non mancherà; gia facemo quello che non hanno voluto far gli altri; non andamo con durezza e scomuniche, ma volemo andar con pietà e carità con tutti. Dissi che le scomuniche alienorno il regno d'Inghilterra. Si, disse, e noi vi mandamo il nostro nuntio, ch'è l'abbate vostro Martinengo, per acquittarli et farli bene, se potremo. Mula al dux en 31 de enero de 1561, *Archivo secreto pontificio*, III, 24, p. 431.

(3) Cartas de Guido Giannetti a Isabel y de Juan Sheres a Cecil, fechadas en Venecia a 21 de diciembre de 1560. Stevenson, *Calendar, Foreign*, 1560 a 1561, n. 815 y 816.

(4) Publicada por Meyer, 407 s. Cf. Pallavicini, 15, 7, 1.

de Isabel un pasaporte para Inglaterra. En Londres había de ponerse en relaciones con el embajador español y el francés, pero no habitar en casa del embajador español e ir sin él a la audiencia con la reina. Si se negaba el pasaporte para la travesía a Inglaterra, o la reina difería su respuesta, debía el nuncio dirigirse a Roma para recibir nuevas reglas de conducta. La libertad de los obispos ingleses presos sólo la había de agenciar cuando estuviese arreglado el asunto del concilio. A principios de abril tuvo noticia Granvela de que el nuncio había partido de Roma (1).

Felipe II tampoco esta vez estuvo conforme al principio con una embajada pontificia a Isabel. Ya a comienzos de febrero su representante en Roma hubo de rogar al Papa que desistiese de semejante paso, porque, a causa de las turbulencias religiosas de Francia, era imposible proceder con energía contra la reina de Inglaterra (2). Pío IV hizo responder a esto, que sólo se trataba de una invitación al concilio (3). A pesar de lo cual don Felipe escribió por abril a Flandes, que se impidiera la partida de Martinengo a Inglaterra (4). Con todo esta carta ya no ejerció influjo ninguno en el curso de las cosas; según el juicio de la gobernadora, las negociaciones de de la Quadra en Londres estaban ya demasiado adelantadas para esto.

Isabel se vió en no pequeña perplejidad por el envío de Martinengo. Estaba resuelta a no admitir ningún nuncio, pero por miramientos a Felipe II no se atrevió sin embargo a prohibirle abiertamente la entrada en el suelo inglés. Por tanto procuró ante todo ganar tiempo. A de la Quadra le dijo que se alegraba de que viniese el nuncio; que sólo había de advertir que según las leyes del país no sería posible dar al Papa el título de obispo

(1) Granvela a de la Quadra en 4 de abril de 1561, en Kervyn de Lettenhove, II, 544.

(2) Gachard, Corresp. de Marguerite de Parme, I, 400. Kervyn de Lettenhove, II, 544, nota.

(3) De la Quadra a Granvela en 14 de abril de 1561, en Kervyn de Lettenhove, II, 548 s.

(4) Margarita de Parma a de la Quadra en 21 de abril de 1561: Su Magestad ha escrito que se estorvasse la yda del Abad (Kervyn de Lettenhove, II, 555; documento que se le ha pasado por alto a Meyer, p. 34). De la Quadra trabajó ciertamente en favor de Martinengo, pero no conocía las intenciones de Felipe II. Cf. la carta de de la Quadra a Granvela, de 12 de abril de 1561, en Kervyn de Lettenhove, II, 546.

universal o supremo, y que sólo podía llamarle obispo de Roma (1). Otra vez se declaró dispuesta a enviar embajadores al concilio y aceptar sus decisiones, en el supuesto de que fuese un concilio verdaderamente libre; pero dijo que le dolía que el Papa no la hubiese consultado como a los demás príncipes, sobre la cuestión del concilio, y con esto tratádola como a princesa protestante. Que también se le debía dar seguridad de que los obispos que enviase, recibirían asiento y voto en el concilio entre los demás obispos católicos. Por encargo de Isabel, también Cecil negoció con de la Quadra; todavía sobrepujó a su soberana en proposiciones imposibles: ya quería llevar al cabo la reconciliación con Roma por medio de una conferencia entre delegados del Papa y teólogos ingleses, ya exigía que el breve pontificio había de dar a la reina todos los títulos a ella otorgados por la ley inglesa, diciendo que de otra suerte no se aceptaría (2). Dudley, en la conversación con de la Quadra, certificó de nuevo, que así él como la reina estaban resueltos a restablecer la religión en Inglaterra, y que Isabel no deseaba otra cosa que dirimir la discordia religiosa (3). Finalmente se llegó hasta fijar ya un sitio para la entrevista entre la reina y el nuncio. Para no exponer al representante del Papa a la befa del populacho en las calles de Londres, se debía escoger Greenwich (4).

Ya antes, el 12 de abril, había escrito de la Quadra a la regente de los Países Bajos, que se acelerase el viaje de Martinengo, para que la reina se viera al fin forzada a facilitar al nuncio el desempeño de su comisión (5). Margarita de Parma consintió en ello, pero quiso que el embajador pidiera antes a Isabel un pasaporte para Martinengo (6). Cecil recibió aparentemente con mucho agrado esta petición. Visitó al embajador español el 25 de abril y se excusó de no poder conceder al punto la audiencia solicitada. Cuando habló de nuevo con de la Quadra, el

(1) De la Quadra a Granvela en 14 de abril de 1561, en Kervyn de Lettenhove, II, 549.

(2) De la Quadra a Felipe II, en 25 de marzo de 1561, Corresp. de Felipe II, tomo I, 330, 333. Meyer, 34. Frere, 75.

(3) De la Quadra a Felipe II en 15 de abril de 1561, Corresp. de Felipe II, tomo I, 339.

(4) Ibid., 338.

(5) De la Quadra a la regente, en Kervyn de Lettenhove, II, 545.

(6) La regente a de la Quadra en 21 de abril de 1561, *ibid.*, 555.

día 28, estaba del todo trocado; había hallado el pretexto con que podía mantener alejado de Inglaterra al nuncio sin gran inconveniente. Pues a mediados de abril, habían sido presos algunos católicos principales por oír misa. Cecil exageró ahora este hecho, como si fuese conjuración de los católicos, en que estaba también complicado el embajador español. Fuera de esto Pío IV había enviado poco antes un nuncio a Irlanda, lo cual dió ocasión al secretario de Estado para afirmar que aquél soliviantaba allí al pueblo, y que lo mismo era de temer de Martinengo en Inglaterra. Así pues, declaró Cecil que en estas circunstancias ya no se podía hablar de un pasaporte para Martinengo (1).

El 1.º de mayo de 1561 se juntó en Greenwich el Consejo privado de la reina para tomar una resolución definitiva acerca de la admisión de Martinengo. Muchos de los consejeros repugnaban todavía ahora que se cerrase al nuncio el suelo inglés. Entonces declaró el guardasellos mayor Nicolás Bacon, que era sencillamente alta traición votar en favor del nuncio. Al fin logró Cecil atraer a todo el Consejo a su partido (2).

El 5 de mayo fué llamado el embajador español para entregarle la respuesta del Consejo. De la Quadra se negó a aceptarla, pues él no era embajador del Papa. Por esta causa leyóse sólo el documento. Decíase en él, que la admisión de un enviado pontificio era contra las leyes del país, contra una sana política y podía tener por consecuencia levantamientos y revueltas. Que además no era cosa nueva en Inglaterra, negar la entrada a los nuncios pontificios; que también la reina María lo había hecho cuando fué enviado de Roma el capelo de cardenal para Peto (3). Mas que por lo que tocaba al concilio, la reina no quería tener nada que ver con él. Que no era libre, ni se había participado a la reina el sitio en que se juntaba, ni las demás circunstancias, como hubiese convenido y como se había hecho con otros príncipes. Pero que con esto no había de decirse que la Iglesia anglicana no tomaría parte, si los príncipes dispusiesen un concilio general, libre, cristiano y piadoso (4). *Contra el verdadero estado*

(1) De la Quadra a Margarita de Parma en 28 de abril de 1561, *ibid.*, 559 s.

(2) Meyer, 35 s.

(3) Cf. nuestros datos del vol. XIV, 340.

(4) De la Quadra a Margarita de Parma en 6 de mayo de 1561, en Kervyn de Lettenhove, II, 564 s.

del asunto, se decía en este documento que la resolución se había tomado unánimemente y sin contradicción en el Consejo real (1).

Con estas respuestas quedaba decidida para siglos la separación de Inglaterra de la Iglesia universal. Sólo el conocimiento del inmenso alcance de semejante decisión hace comprensible el que Pío IV, a pesar de todos los desaires, aun ahora tuviese por deber suyo pastoral no dejar pasar ninguna ocasión de aproximarse a la soberana de un país en su mayor parte católico. La incertidumbre, sobre sus íntimos sentimientos, en que Isabel supo mantener al mundo, parecía además dar todavía un rayo de esperanza, y el no desatenderlo podía considerarlo el Papa como cargo de conciencia. Por eso el 29 de junio de 1561 encargó al cardenal Este, que partía como legado para Francia, negociar también con la reina de Inglaterra y hacerle concesiones, si quería volver a la Iglesia (2). Cuando el embajador de Saboya, Morette, en su viaje a Escocia, llegó a Londres el 16 de noviembre, su acompañante, el protonotario Foix, acordándose de nuevo de la expresión del conde de Bedford, se atrevió a pedir una audiencia con Isabel. A la propuesta que le hizo, de enviar embajadores a Trento, respondió la reina remitiéndose a la decisión que se había tomado el pasado mayo; una carta del cardenal Este la recibió con la observación de que su embajador Throckmorton entregaría al cardenal la contestación de la misma (3). El nuevo intento de ganar a Isabel no ofrecía naturalmente de antemano esperanza alguna, pero Pío IV quería poder tener conciencia de que, por su parte, lo había intentado todo y no había omitido cosa alguna (4). Ya antes el nuncio francés Gualtiero había dado pasos igualmente infructuosos cerca del embajador inglés en Francia, el violento enemigo de los católicos Throckmorton (5). Cuando hacia fines de 1563 Tomás Sackville, hijo del subsecretario de Hacienda Ricardo Sackville, llegó a Roma con motivo de estar recorriendo a Italia,

(1) Meyer, 35.

(2) Susta, I, 196. Las cartas de Este sobre los pasos que dió con el embajador inglés, de 17 y 30 de enero de 1562, pueden verse en Baluze-Mansi, IV, 381, 384.

(3) De la Quadra en 27 de noviembre de 1561 a Felipe II, Corresp. de Felipe II, tomo I, 373, y a Granvela, en Kervyn de Lettenhove, II, 646 s.

(4) Así lo escribe el cardenal Borromeo al cardenal Este, en 3 de enero de 1562, en Susta, I, 335; cf. II, 417. Las cartas de Este de 17 y 30 de enero de 1562, se hallan en Baluze-Mansi, IV, 381, 384.

(5) Meyer, 34.

pareció ofrecerse una nueva ocasión para informarse por medio del hijo y del padre, sobre si había inclinación en Inglaterra a permitir a un nuncio la entrada en el reino. Honra al corazón de Pío IV el haber intentado también este medio. No se obtuvo buen suceso; Ricardo Sackville contestó a su hijo que en Inglaterra no podían aventurarse ni siquiera a proponer semejante cuestión (1). Así a pesar de todo, por largo tiempo quedaron inciertos sobre los verdaderos sentimientos de la reina de Inglaterra, así en Roma como en otras partes (2).

Después de rechazados Parpaglia y Martinengo, se suscitó de nuevo en Roma la cuestión de si Isabel había de ser todavía formalmente excomulgada (3). Felipe II el 16 de julio de 1561 en una carta a su embajador en Roma, Vargas, disuade instantemente de semejante paso, pues era por entonces imposible dar eficacia a la excomuni6n eclesiástica con la deposición de Isabel (4). De un modo semejante se expresó el emperador Fernando el 19 de junio de 1563 (5), cuando una memoria (6) de los católicos ingleses de Flandes había propuesto que a lo menos declarase el concilio de Trento que Isabel merecía ser excomulgada, aunque se hubiese de diferir la ejecuci6n del anatema eclesiástico. Asimismo desaconsejaba decididamente Granvela la excomuni6n en un dic-

(1) Pollen en las *Public. of the Catholic Record Society*, II, London, 1906, 1 ss. Meyer, 45 s. Maitland en la *English Hist. Rev.*, XV (1900), 757 ss. Tomás Sackville (Lord Buckhurst y conde de Dorset) más tarde se hizo célebre como poeta.

(2) Todavía en el año 1581, logró persuadir Isabel al experto y avisado embajador francés Lansac, que en su corazón era católica (Brosch, VI, 589). Tampoco los protestantes estaban enteramente seguros y ciertos de los sentimientos de la reina. En 10 de agosto de 1565 escribe Eduardo Warner desde Spaa a Cecil, que Isabel procuraba determinar al Papa por un enviado, a que confirmase todas las colaciones de beneficios por ella dispuestas, y las reconociese como legítimas. Que el rey Felipe II la había movido a ello, y que de un modo concorde notificaban esto varios desde Roma. Kervyn de Lettenhove, IV, 232 s.

(3) Borromeo a los legados del concilio en 2 de junio de 1563, en Susta, IV, 49.

(4) Publicada por Mignet, *Histoire de Marie Stuart*, I, 405 s. Meyer, 36.

(5) Carta a los embajadores del concilio, publicada por Sickel, *Concilio*, 551 s. Cf. Susta, IV, 97.

(6) Se halla en Bucholtz, IX, 700 s., comunicada en una carta del embajador imperial a Fernando, de 12 de junio de 1563. Cf. Susta, IV, 87. Una memoria, en que se recomienda la excomuni6n de Isabel, puede verse también en la *English Hist. Rev.*, VII (1892), 82-84.

tamen al concilio (1). Los legados pontificios de Trento aprobaron las razones del emperador (2), y lo mismo hizo el Papa el 6 de julio (3), aunque poco antes había estado inclinado a decidir en el sentido de aquella memoria inglesa (4). En ésta se decía que los católicos de Inglaterra esperaban con seguridad una declaraci6n del concilio contra Isabel; que si esto no se hacía, padecería menoscabo en ellos la autoridad de la asamblea eclesiástica. Que no se temiese empeorar aún la situaci6n de los católicos ingleses por un paso contra Isabel; que de buena gana tomarían sobre sí este acrecentamiento de sus penas, si el concilio hablase una palabra en su favor (5).

El temor de que Isabel respondería a la excomuni6n con nuevas disposiciones contra sus vasallos católicos, no era infundado. Ya el envío de los nuncios Parpaglia y Martinengo había ejercido una reacci6n contra los católicos ingleses. En los primeros años de Isabel, las leyes draconianas de religi6n se aplicaron con mayor dureza sólo contra los obispos católicos que habían permanecido fieles, aunque también respecto de ellos el gobierno se guardó bien de llegar hasta el derramamiento de sangre (6). Dos obispos fueron echados en la cárcel, ya a principios de abril de 1559, quizá para quitar algunos votos en el Parlamento a los adversarios de las leyes de religi6n (7). A fines de 1559, sólo ya el obispo de Sodor y Man, Stanley, y el de Llandaff, el apóstata Kitchin, poseían sus sedes episcopales, los demás habían sido todos depuestos en el decurso del año. A la destituci6n del cargo seguía la pena de pri-

(1) Poulet, I, 551. Raynald, 1563, n. 115. Meyer, 43.

(2) Sickel, *Concilio*, 555. Meyer, 410 s. Susta, IV, 111.

(3) Meyer, 410. Susta, IV, 117.

(4) Meyer, 409. En 31 de octubre de 1563, Pío IV hizo notificar a Felipe II, que se había diferido la excomuni6n de Isabel por respeto al rey de España; pero que don Felipe advirtiese a Isabel, que no persiguiese a los obispos y a los demás católicos. Raynald, 1563, n. 179. Cf. Susta, IV, 139.

(5) La segunda parte de la memoria, que no fué sometida a deliberaci6n en Trento por los legados pontificios, trata de la transmisi6n de la corona de Inglaterra a un príncipe católico, que debería casarse con María Estuardo. Bucholtz, IX, 701.

(6) Bridgett-Knox, *The true history of the Catholic Hierarchy deposed by Elizabeth*, London, 1889. G. E. Phillips, *The extinction of ancient Hierarchy*, London, 1906; El mismo en la *Dublin Review*, CXLII (1908), 315 ss. Bellesheim en las *Hojas hist.-polit.*, CV (1890), 278 ss.; CXXXVI (1908), 891 ss. Spillmann, II, 34 ss. Sobre Bourne cf. Birt en la *Dublin Review*, CXXI (1897), 134 ss.

(7) Cf. nuestros datos del vol. XIV, 350.

sión. El obispo Tunstall de Durham, de ochenta y cinco años, la sufrió en el palacio del arzobispo anglicano Parker, Baine de Coventry-Lichfield y Oglethorp de Carlisle en la morada del obispo Grindal de Londres, más temida por los presos que la Torre; los tres obispos mencionados fallecieron todavía antes de terminar el año 1559. El 12 de enero de 1560 murió también White de Winchester, arrestado en casa de sus parientes, de unas calenturas que le habían asaltado en su larga prisión en la Torre. Morgan de Saint Davids, que tampoco vió ya el fin del año 1559, quedó en libertad hasta su muerte. Goldwell de Saint Asaph logró en junio de 1559 huir al continente. Poole de Peterborough pudo permanecer libre en Londres y sus alrededores en una extensión de tres millas.

De los demás obispos, en mayo y junio de 1560, ocho hubieron de ir a la Torre y a otras cárceles; como escribe Parpaglia (1), tal vez más a causa de la sospecha que había excitado su misión, que por otros motivos. Los encarcelados fueron tratados con rigor. Cuando estaba en perspectiva la llegada de Martinengo, y una carta interceptada de la Torre expresaba la esperanza de que los obispos encarcelados recobrarían pronto la libertad por intercesión del Papa y del rey de España, se les prohibió toda comunicación entre sí y con los de fuera (2). Además su vida estaba en continuo peligro. Los progresos de los hugonotes de Francia animaron al gobierno por diciembre de 1562, a exigir a los obispos presos, bajo amenaza de muerte, que prestasen el juramento de supremacía (3). En la apertura del Parlamento el 12 de enero de 1563, el asunto principal de los sermones protestantes, así en Westminster delante de la reina, como en San Pablo ante la asamblea del clero, fué que se debía matar «a los lobos encerrados» (4).

(1) en 8 de septiembre de 1560, en Stevenson, Calendar, Foreign, 1560 a 1561, n. 507.

(2) De la Quadra a Granvela en 20 de abril de 1561, en Kervyn de Lettenhove, II, 553 s.; cf. 559. Todavía en 14 de junio de 1562, se hallaba cada uno en «estrecha prisión separada», como participa el comandante de la Torre (Hojas hist.-polit., CV, 287). Pío IV procuró hacer llegar a los obispos un subsidio pecuniario por manos de de la Quadra; pero no se debía saber de dónde procedía el dinero. Felipe II a de la Quadra en 17 de marzo de 1561, Corresp. de Felipe II, tomo I, 325. Cf. también Susta, IV, 168, nota 3, 187 s.

(3) De la Quadra a Granvela en 13 de diciembre de 1562, en Kervyn de Lettenhove, III, 209.

(4) De la Quadra a Carlos de Giesso en 14 de enero de 1563, en Kervyn de Lettenhove, III, 234.

Pero Isabel no podía atreverse a irritar más todavía a los católicos antes de terminar su guerra con Francia (1). Cuando se temió que los franceses promoverían una rebelión en Inglaterra, el tratamiento de los obispos llegó hasta hacerse más suave que nunca había sido. Al enfermo arzobispo Heath de York le devolvió Isabel la libertad hacia mediados del año (2). Por intercesión del emperador Fernando (3), en septiembre fueron asimismo libertados de la Torre Thirlby de Ely, Turberville de Exeter, Bourne de Bath y Wells, Pate de Worcester, Watson de Lincoln y se confió su custodia a obispos anglicanos. Su prisión fué ciertamente también entonces rigurosa. Sólo se les podían permitir criados que fuesen ardientes protestantes, sus carceleros no debían sentarlos de ordinario a su mesa, sino enviarles a su aposento escasa comida. Para lectura sólo se les daban libros protestantes; el culto católico les estaba prohibido, y en cambio se los debía apremiar todo lo posible a asistir a las devociones y predicaciones anglicanas (4). Únicamente el arzobispo Heat pudo morar en su casa de campo; el obispo Scot de Chester, que en 1564 fué sacado de la cárcel y puesto bajo la vigilancia de la policía, huyó a Lovaina, donde murió al año siguiente.

Al obispo Bonner de Londres, el más odiado y temido, ni siquiera la intercesión del emperador le había podido abrir aun por breve tiempo la puerta de la cárcel de Marshalsea, en Southwark. En 1564 procuróse envolverle en nuevos peligros. El obispo protestante Horne, en cuya diócesis se hallaba Southwark, hubo de exigirle de nuevo el juramento de supremacía (5). Pero Bonner supo rechazar brillantemente la acometida. En una extensa exposición demostró que el acta de supremacía era ilegal y Horne no era la persona competente para proponer aquel juramento, porque

(1) De la Quadra a Granvela en 1.º de mayo de 1563, en Kervyn de Lettenhove, III, 366: Hasta tener concluida la paz con Francia, no osará venir la Reina a la execucion destes Catholicos.

(2) De la Quadra a Granvela en 3 de julio de 1563, en Kervyn de Lettenhove, III, 499.

(3) Una carta suya estaba ya a principios de mayo en manos de de la Quadra (de la Quadra a Granvela en 1.º de mayo de 1563, en Kervyn de Lettenhove, III, 365). Una segunda carta de 24 de septiembre llegó, cuando los obispos estaban ya libres (Hojas hist.-polit., CV, 288).

(4) Instrucción del Privy Council; v. Spillmann, II, 47.

(5) Luis Román a Margarita de Parma en 29 de abril de 1564, en Kervyn de Lettenhove, IV, 13 s.